

Diálogos entre amigos



JULIÁN SÁNCHEZ VILLALBA

Diálogos entre amigos

© Julián Sánchez Villalba

© Fotografía de portada: J. Sánchez – Bezas (Teruel), Verano 2010

Imprime: Navarro & Navarro Impresores
Arzobispo Apaolaza, 33-35
50009 Zaragoza

Diálogos entre amigos

¡Uy...! si ha pasado tiempo ya, mi querido amigo y compañero, desde que en esta calle nos pusieron, que es el Hortal, hermoso y bello paseo de Bezas, que para sí quisiera más de un pueblo. Y sin faltar a otros rincones y lugares que también dan aire; es la bellísima plaza del barrio de abajo, en donde, además, de siempre han sido los festejos más sonados, y en donde los vecinos han podido gozar un poco más de los privilegios, centro de decisiones y de salud, de cultura, para atemperar las pasiones, curar los cuerpos, embellecer los espíritus y el alma.

Pero hay otras pasiones, apetencias del cuerpo y del alma, que amansa y modera el templo aquí cercano, de donde, si no salen santos puede ser por la madera; pero eso sí, aquí aparece antes el sol; claras y diáfanas vistas ya desde la mañana, y las tertulias nunca faltan. Y por aquí han morado casi de siempre las fuerzas vivas.

A mí, pobre y vieja acacia, la más aviejada del lugar, y la más decrepita también; por éso, cuantas cosas me vienen al caletre...

Todo es un cúmulo de recuerdos, que llegan hasta mi más pequeña raíz, que se me escapa hacia abajo en traviesa aventura para poderlo decir; mi cuerpo ajado, mi mente ya casi no pueden; me cubro así mi piel roñosa por el tiempo y los agravios, y la hosquedad, aunque no faltan caricias, cuando me tocan; si no fuera así... No sé ni cómo me tengo en pie, cómo no he dado con mi cuerpo en tierra. Aún espero más mimos y caricias, y gracias al cálido abrazo de los niños que a mí acuden, por ver quién llega más. Maltrecho mi pudor y mi recato, que me lo han quitado de tanto profanarme, los araña-

zos de la vida, perra vida que me han dado, ingratos, y bien a la vista están las heridas; porque no han sabido curarme, y cuando lo han hecho les ha faltado respeto.

Y aun así no soy una inválida, contempla con cuanto mimo los trato, cómo vienen a mí a mitigar los sofocos con alegría, sus tertulias son un bálsamo, tú bien lo sabes. Qué se crearán esas que han llegado, arrebatando espacios que tuvimos, con sus modernos contoneos, con sus vestimentas de pasarela, que nunca mejor para lucir majeza..., y vanidades.

Somos, éstas que quedamos, tan ancianas, que tantos hijuelos nos han nacido, que ni cortarlos podemos. Mas todo ha de ser inútil, la decrepitud nos condena, y quien sabe si no sería mejor que nos llegara la hora, el último empujón, que no permanecer, con muñones doloridos recibiendo miradas de compasión; que por mucho que piensen que no serán capaces de penetrar en nuestra consciencia muda, testigo de cuanto nos ha tocado vivir, retazos que ya no vuelven.

Aquí grandes lodazales cuando llovía. Borrascas heladoras, nieves, hielos y el afanar diario no cansaba. Un ir y venir que no paraba, ajetreos en promiscuidad, derroches de energías, cuando calle recién arrancada a la ladera por manos codiciosas que no cesaban, predestino calculado; con paciencia, sin prisas, que así se hacían las cosas.

Zarzales disformes y asilvestrados, cardos borriqueros a los lados y ortigas, no impedían que muchachos desarrapados pateasen los interiores en busca de los ansiados nidos; el incendio al gorrión que allí dormía tras aquellas escaramuzas por ocupar la mejor rama, en donde poder dormir, y el petirrojo tomaba relevo al ruiseñor, cánticos que eran pura delicia. Y dicen, –yo no lo ví– que una vez se vino abajo, a los banales, un carro con reata y todo, cargado de mieses.

Calle ésta como camino de gran trajín, nada buena, con ceremoniosa y obligada habitud, se desenvolvía la gran actividad urbana co-

tidiana y la agrícola en sus fases terminales sobre todo, cuando el producto de tantos sudores y deseos se encaminaba hacia la segura inmolación; paso obligado también, con frecuencia de carros cargados con valiosos productos del cercano Rodeno, con sus impaciencia y prisas.

Hace tantos años ya que ni lo recuerdo, los inquietos vecinos decidieron que aquello así no podía seguir y se pusieron manos a la obra. Era una rémora tener la calle así por más tiempo, decidieron hacer un gran muro con piedras de rodено; mucho después llegaría esta gran barandilla, balcón en donde se apoyan los pechos y los codos y se da rienda suelta a los sueños, que vuelen las penas y las emociones. Da gloria ver esta calle en ocasiones, cuando también hasta aquí llegan las fiestas y los boatos.

Nos plantaron y a duras penas fuimos agarrando, muy a duras penas, expuestas como estábamos a la voracidad de las cabras que por aquí pasaban, a las terribles dentelladas de los burros que a nuestros débiles troncos ataban. Y porque inocentes manos de niños nos regaban, tarea impuesta por los maestros y alegremente aceptada en los recreos, no como disciplina, sí como cívica enseñanza. Y así fuimos creciendo y haciéndonos mayores, jugueteando con nuestras ramas cuando casi se tocaban; asomándose nuestros hijuelos a las ventanas del muro como niños atrevidos y un poco aviesos.

Tú no lo has visto. Éramos una gran hilera hasta la fuente del paso, todas a cual más lozana y vistosa, disputándonos la querencia de gorriones, cardelinas y verderones, y ofreciéndoles nuestra mejor rama para criar a sus polluelos; y ni una sola puede decir que no ha sido hogar de estas simpáticas avecillas, tan amigas del hombre y hasta del árbol cuando éste aparece en el más inhóspito páramo.

Me honra mucho, nos honra, y pienso en cuanto la familia gatuna nos debe, aunque por naturaleza sean tan parcos en demostrarlo. Lle-

vamos vivas las heridas que en nuestros cuerpos hacen cuando escapan de las feroces persecuciones de los canes, ¡ay...! si no fuera por nosotras. Y de los canes mejor no hablar, siempre tan arrogantes y cochinos, pues tras quedarse con dos palmos de narices al perder al gato, lo normal en ellos a mearse hasta la última gota. Eran unos mal educados y desagradecidos, si bien eran nuestros perros y nuestros gatos, y todos nos queríamos.

Lo de ahora es aún peor, porque lindos perritos, y gatitos, capitulinos, mascotas de lindos pelajes, fieles compañeros de sus dueños; cuando pasan por aquí, cuando los unos se arrellenan en nuestro regazo en locuaz chismorreos, o en sus tan frecuentes verdugueos y carantoñas, los otros se nos mean cuanto quieren. Y eso no está nada bien, pienso si pudiera sacar una de mis raíces y darles fuerte donde más duele.

En aquellas primaveras, nuestras ramas casi se tocaban y mezclaban sus perfumes, nos hacíamos cosquillas y caricias, la alegría y las risas estaban aseguradas con esa fragancia de olores y colores. Los pajarillos y los insectos apenas bajaban de nuestras ramas para sus traslaciones, caminaban felices por la galaxia inmaculada y establecían su morada donde les apetecía; tras sus eclosiones o metamorfosis, nuevos y delicados seres hacían de nuestras ramas cunas en donde merecerse. Disfrutamos durante mucho tiempo con las delicias de tan gratas compañías, tantos años que ya ni sabemos contarlos.

Y siempre se repetían los encuentros. Mientras, sin darnos cuenta, han pasado los años, y algo ha pasado, la casi extinción biológica; las perezas, los olvidos, las decisiones algo taimadas y anodinas; la irrupción de necesidades y costumbres han transformado nuestra calle en lo que es hoy, ni mejor ni peor, allá cada uno según lo mire.

Eso sí, habrá que resistir que acomodadas ya estamos, y escuchar lo que digan, y aguantar que se nos mean los perros y sus amos.

Que al fin y al cabo el ser amigos es un acomodo que bien vale la pena.

Dices bien querida compañera. Tú y tus amigas estáis de antes, sois más viejas en el tiempo; pero en los saberes, no creas, nos igualamos un tanto.

Si manos infantiles a vosotras os plantaron y os dieron mimo, a nosotros manos fuertes nos pusieron, porque nacimos ya grandes, aquí, y como vosotras hemos recibido humillaciones sin cuento, y también muchos halagos, caricias por el bien que hacemos a los cuerpos ya cansados.

Ambos somos, en alguna manera reclinatorio, a donde ni un solo bezano ha dejado de venir a dar rienda suelta a las alegrías y los pesares. Somos recordatorio vivo y perenne de todo lo que por aquí ha sido, y con frecuencia acallamos el llanto, revivimos las esperanzas.

Aunque nosotros somos un poco más confesionario. Hasta nosotros llegan muchas promesas, y arrumacos, que como el buen sacerdote callamos.

Amplio, cómodo es nuestro regazo, y también los canes se nos mean, y los gatos. Pero ¡ay...!, hasta nosotros llegan a posarse con placer, desde el más tierno y encantador culito, hasta el más duro, grande y soberano.

Julián Sánchez Villalba



www.bezas.org

